

Intelectuales y política en América Latina. Aproximación a una ambivalencia fundamental

H. C. Felipe MANSILLA

De manera relativamente fácil podemos intuir qué es un intelectual, pero definirlo en forma conceptual y delimitarlo en algún grupo son tareas mucho más difíciles.¹ Ya antes de la independencia de los países hispanoamericanos a comienzos del siglo XIX existían grupos más o menos importantes de estudiosos vinculados a tareas de enseñanza, administración y evangelización, cuyas actividades se asemejaban a las que desempeñan los intelectuales de hoy: pensaban de modo sistemático, escribían bastante y en ocasiones creaban obras de reflexión y crítica sociales. Su erudición era, por lo general, digna de mención. Se trataba de personas que en su mayoría habían gozado de una cierta educación universitaria y que formaban un estamento de fronteras imprecisas y de roles inciertos en la sociedad colonial, lo que continuó en el primer siglo de las jóvenes repúblicas.

Estos grupos mantenían una relación ambivalente e inestable, pero a veces muy estrecha, con el poder político. Y quizá desde entonces reside aquí el rasgo que determina y preocupa de los intelectuales del Nuevo Mundo. Según Octavio Paz la característica distintiva de América Latina es la falta de una tradición crítica, moderna, abierta a la ciencia, al análisis y al cuestionamiento de las propias premisas,² y no hay duda de que los intelectuales poco han hecho por imponer una actitud fundamentalmente crítica en estas tierras. Por otra parte, los mismos intelectuales han tenido y tienen a menudo relaciones privilegiadas con el poder político, lo que no necesariamente fomenta la inclinación a los cuestionamientos profundos. Pero al mismo tiempo —y aquí reside la complejidad y la ambivalencia liminar del asunto— los intelectuales han sido los artífices de la notable cultura letrada del Nuevo Mundo, una cultura de excelente calidad intrínseca y no exenta de un espíritu indagador y hasta *cuestionador*. Ahora bien, desde el periodo de la Independencia, los intelectuales han jugado un rol descollante en la conformación de las identidades colectivas. Esta actividad como actores sociales y culturales se desarrolló con frecuencia a la sombra del Estado respectivo y, sobre todo, de sus gobiernos; por lo que puede decirse que fue de una manera subalterna, pero sin duda influyó sobre las capas privilegiadas de la población.³ Sin ese aporte esencial a la conformación de identidades nacionales la historia de América Latina habría sido diferente.

¹ Cf. Rosendo Bolívar Meza, "Un acercamiento a la definición de intelectual", en *Estudios Políticos*, núm. 30. México, mayo-agosto, 2002, pp. 123-141; Juan F. Marsal, "¿Qué es un intelectual en América Latina?", en Juan F. Marsal *et al.*, *Los intelectuales políticos*. Buenos Aires, Nueva Visión, 1971, pp. 87 y ss.; Edward Shils, *Los intelectuales en los países en desarrollo*. México, DMELISA, 1976; Francisco J. Bobillo, "Intelectuales: pasado y presente", en *Debate Abierto. Revista de Ciencias Sociales*, núm. 7. Madrid, primavera, 1992, pp. 25-48, y la obra de cierta influencia en América Latina de Maurice Blanchot, *Les intellectuels en question. Ébauche d'une réflexion*. París, Fourbis, 1996.

Aunque los intelectuales desde un comienzo han estado muy vinculados al Estado y al gobierno, en un campo mucho más amplio dejaron su huella en lo que podríamos llamar, de modo inexacto, las metas normativas de las sociedades latinoamericanas, como son los designios de modernización y democratización. Y justamente los modestos logros de una modernización periférica y una democratización precaria han sido temas preferidos de reflexión y crítica de los intelectuales hasta el día de hoy, por hallarse estos logros muy por debajo de las expectativas de los propios pensadores y ensayistas políticos. Muchos de ellos se han consagrado en señalar las carencias de una identidad nacional, considerada con persistencia como insatisfactoria.

Hoy día los intelectuales juegan en tierras latinoamericanas un rol social y político más reducido que hace unos treinta años, cuando se daba uno de sus periodos de más brillo y figuración. Pero no hay duda de que todavía exhiben un peso relativamente importante a la hora de formular políticas públicas, de enunciar alabanzas o críticas importantes a las acciones gubernamentales; al desarrollar temáticas relevantes en el seno de los medios masivos de comunicación y al esbozar fragmentos de una futura conciencia nacional. Es probable que este teorema tenga más validez en las naciones de corte mediano y pequeño del Nuevo Mundo, debido al desarrollo histórico de estos países, donde las elites son aún compactas, reducidas y sin mucha especialización interna. Pero de todas maneras se puede aseverar que la relevancia de los intelectuales, aunque de magnitud claramente decreciente en todos los países, sigue siendo mayor en América Latina que en las sociedades altamente industrializadas del norte, quizá porque en América Latina la especialización de roles y la diferenciación de funciones son menores que en las naciones más adelantadas.⁴ Hasta más o menos 1960-1970 se podía hablar de una función polivalente de los intelectuales latinoamericanos: fueron simultáneamente pensadores y políticos, escritores y diplomáticos, fundadores y líderes de partidos, inspiradores de ideologías y críticos de los sueños colectivos. Baste aquí recordar la notable influencia que en su día ejercieron Lucas Alamán, Bartolomé Mitre, Domingo Faustino Sarmiento, José Vasconcelos, Rómulo Gallegos, Arturo Uslar Pietri, Mario Vargas Llosa, y muchos otros más, en casi todos los países latinoamericanos.

Hasta hace pocas décadas era habitual, y hasta un motivo de orgullo para el país respectivo, tener a eminentes poetas y literatos en puestos consulares y diplomáticos: Miguel Ángel Asturias, Pablo Neruda, Alcides Arguedas, Octavio Paz, Carlos Fuentes y Jorge Edwards son algunos de los casos más conocidos. Hoy esto pertenece al pasado, pues los gobiernos pueden prescindir de este

² Octavio Paz, *Tiempo nublado*. Barcelona, Seix Barral, 1983, p. 152.

³ Cf. la gran obra de carácter comparativo de Nicola Miller, *In the Shadow of the State: Intellectuals and the Quest for National Identity in Twentieth-Century Spanish America*. Londres / Nueva York, Verso, 1999; Beatriz González Stephan, comp., *Cultura y Tercer Mundo*, vol. II, *Nuevas identidades y ciudadanías*. Caracas, Nueva Sociedad, 1996; Daniel Mato, comp., *Teoría y política de la construcción de identidades y diferencias en América Latina y el Caribe*. Caracas, Nueva Sociedad / UNESCO, 1994. Sobre la historia intelectual latinoamericana, en especial sobre el aspecto filosófico-político, cf. un valioso análisis temprano, que no ha perdido significación: Martin Stabb, *In Quest of Identity: Patterns in the Spanish American Essay of Ideas 1890-1960*. North California, Chapel Hill, 1967; para el caso concreto de Perú, cf. Hugo Neira, *Hacia la tercera mitad. Perú XVI-XX. Ensayos de relectura herética*. Lima, SIDEA, 1996.

⁴ Cf., por ejemplo, las reflexiones de José Joaquín Brummer, "Los cambios en la cultura y la civilización emergente", en *Universum. Revista de la Universidad de Talca*, vol. 2, 1997, pp. 23-32; Fernando Ainsa, "El desafío de la identidad múltiple en la sociedad globalizada", en *ibid.*, pp. 7-22.

tipo de intelectuales, ya que incluso los aspectos de prestigio y brillo sociales están vinculados con otros parámetros, mucho más materiales y menos espirituales.

Pero la importancia política y socio-cultural de los intelectuales, por ejemplo en la creación de nexos entre los partidos políticos y el campo de las ideas y programas, o recientemente en la contribución teórica a la construcción de una democracia moderna en el Nuevo Mundo sigue siendo una temática digna de renovados esfuerzos investigativos.⁵

En casi todos los campos donde quienes piensan y quienes escriben actúan se ha dado en poco tiempo una profunda transformación, y no sólo en aquel reducido ámbito donde los intelectuales más famosos mantenían nexos íntimos, aunque ciertamente difíciles, con el supremo poder político. Es muy posible que el clásico intelectual *generalista*, proclive al ensayo literario y nutrido por conocimientos históricos y teóricos de rasgos universalistas, se halle en estado de franca declinación, pero no de extinción, desplazado por el experto en tendencias *tecnocráticas*, y con una formación académica *especializada*, cuya praxis profesional está delimitada por las necesidades del mercado laboral.

Pese a los innegables procesos de modernización y globalización⁶ que experimentamos en la actualidad, esta transformación de los intelectuales, y la casi desaparición de sus funciones clásicas, conlleva también aspectos negativos. Trataré de *tematizar* este aspecto difícil de ser explicado en pocas palabras.

A comienzos del siglo XXI, y a pesar de los progresos democratizadores que se dan en el ámbito latinoamericano, se puede constatar una atmósfera general de desencanto y pesimismo, que es percibida con claridad en el ambiente socio-cultural. Se trata de una decepción que se debe, en última instancia, al desempeño nada promisorio de las variables económicas y político-institucionales. Existe otro motivo, aunque de menor significación, para este desencanto colectivo: una porción considerable de la intelectualidad latinoamericana ha dejado de lado su posición crítica y hasta contestataria para integrarse, con sorprendente facilidad, a las estructuras de poder de los regímenes neoliberales. Esto ha traído consigo una pérdida del potencial intelectual consagrado a la concepción de alternativas socio-políticas y a la corrección de malformaciones existentes.

Me parece importante insistir en esta problemática e ilustrarla con algunos ejemplos. Con respecto al caso específico de Bolivia escribe Omar Chávez Zamorano:

Los intelectuales son culpables de uno de los males más graves que sufre el país, que es la falta de visiones estratégicas. Bolivia no tiene rumbo por la ineptitud de la *intelligentzia* nacional que parece haber renunciado al oficio de crear ideas y dibujar horizontes. [...] Los partidos se han

⁵ Una de las obras más interesantes sobre esta temática sigue siendo el volumen compilado por María Susana Arrosa Soares, comp., *Os intelectuais nos processos políticos da América Latina*. Porto Alegre, Editora da Universidade Federal do Rio Grande do Sul, 1985, sobre todo los ensayos de Ángel Flisfisch, "Algunas hipótesis sobre la relación entre intelectuales y partidos políticos en Chile", en *ibid.*, pp. 12-21; Francisco C. Weffort, "A contribuição teórica dos intelectuais ao processo da construção de democracia", en *ibid.*, pp. 234-241, y la notable obra de Noam Chomsky, *La responsabilidad de los intelectuales*. Barcelona, Ariel, 1970.

⁶ Sobre este concepto de moda y en conexión con la temática aquí tratada, cf. Néstor García Canclini, *La globalización imaginada*. México, Pados, 1999; Manuel Antonio Garretón, *La faz sumergida del iceberg. Estudios sobre la transformación cultural*. Santiago de Chile, CESOC / LOM, 1999.

reducido a maquinarias electorales, y sus líderes no tienen vocación de gobernantes porque carecen de visiones de futuro. Pero no es justo responsabilizar a los políticos por esta ausencia de ideas que asola a la política nacional. Este vacío de ideas y visiones indica que uno de los engranajes de la maquinaria social o está funcionando mal o no funciona. Ese engranaje son los intelectuales.⁷

Como afirmé antes, el marco general de referencia y las relaciones de los intelectuales con las variadas instancias del poder político-institucional han cambiado de manera notable con respecto a la época anterior a 1980, cuando estaban vigentes el clima revolucionario, las ideas de la imprescindible reforma radical, y la fe en el progreso y la evolución histórica ascendente.

De la contraposición de dos proyectos civilizadores, fundamentalmente distintos —el anterior latinoamericano, basado en su mayoría en una imagen premoderna del mundo, y el estadounidense, que se fundamenta en un modernismo consumista—⁸ se ha pasado, en un lapso temporal muy breve, a la imitación indiscriminada, y a menudo con una justificación cínica, del llamado paradigma neoliberal y postmodernista.⁹ Y en esta empresa los intelectuales contemporáneos, como los catedráticos universitarios de ciencias sociales, han jugado un rol, aunque notable, no decisivo. Con frecuencia han estado y están desprovistos de un enfoque crítico, como era antes lo usual, aunque en forma muy parcial y dogmática, bajo la hegemonía del marxismo y de la Teoría Latinoamericana de la Dependencia.

Pero no hay duda que los intelectuales también han podido en fechas recientes influir positivamente en los procesos de cambio político, como sucedió en el caso chileno, cuando los intelectuales supieron construir centros de excelente reputación académica, con estabilidad institucional, y lograron actuar positiva y en forma permanente sobre la opinión pública¹⁰. Por desgracia, este año, la norma en el Nuevo Mundo no es la actitud chilena.

Admito que esta manera de criticar y hasta de censurar a los intelectuales adolece probablemente de precisión y base empírica. Curiosamente poco sabemos acerca de los acondicionamientos familiares, los prejuicios recurrentes y las ideas matrices que impresionan e inspiran a los intelectuales latinoamericanos, y nos quedamos, quizá, en meras presuposiciones. Una primera aproximación a la pregunta “¿De qué se nutren los intelectuales latinoamericanos?”, que sólo tiene

⁷ Omar Chávez Zamorano, “Los pensadores en huelga indefinida”, en *La Razón*, suplemento de *Ventana*. La Paz, 18 de marzo, 2001, p. 4.

⁸ Mariano Baptista Gumucio, *Latinoamericanos y norteamericanos. Cinco siglos de dos culturas*. La Paz, Artística, 1986; S. N. Eisenstadt, *Intellectuals and Tradition*. Nueva York, Humanities Press, 1973.

⁹ Para el caso chileno cf. Alfredo Jocelyn-Holt, *El Chile perplejo. Del avanzar sin transar al transar sin parar*. Santiago de Chile, Planeta / Ariel, 1998, donde el autor, en tono pesimista, se hace la pregunta de qué han servido el análisis y la reflexión intelectuales a lo largo de las últimas décadas; cf., desde perspectivas distintas, Tomás Moulián, “Una reflexión sobre intelectuales y política”, en T. Moulián, *Democracia y socialismo en Chile*. Santiago, FLACSO, 1983, pp. 7-19; José Joaquín Brunner, *La función utópica de los intelectuales*, en M. S. Arrosa Soases, comp., *vid.* nota 5, pp. 22-31; J. J. Brunner, “Los intelectuales y la democracia”, en Ana M. Stiven, comp., *Democracia contemporánea*. Santiago, Universidad Católica de Chile, 1990, pp. 177-190.

¹⁰ Jeffrey M. Puryear, *Thinking Politics. Intellectuals and Democracy in Chile, 1973-1988*. Baltimore / Londres, Johns Hopkins U. P., 1994; Gastón García Cantú y Gabriel Careaga, *Los intelectuales y el poder*. México, Joaquín Mortiz, 1991. Faltan investigaciones de este tipo y esta calidad para la mayoría de los países latinoamericanos.

valor indicativo, nos informa que hoy día, en el terreno de la economía y de la política, los intelectuales leen sobre todo obras de origen estadounidense y, en un segundo lugar muy lejano escritos de proveniencia europea, antes que libros de la propia región. Las obras de temas puntuales y de corto alcance predominan claramente sobre los enfoques teóricos de gran aliento. Dietmar Dirmoser, el director de la revista *Nueva Sociedad*, aseveró tajante: “los paradigmas de la izquierda desaparecieron y no surgieron otros para reemplazarlos”.¹¹ También es interesante acotar que estas relaciones no son de doble vía: simbolizan más bien una nueva variante de la dependencia cultural del sur con respecto al norte, ya que en los países septentrionales poquísima gente lee obras de autores del sur en las áreas de las ciencias sociales y la filosofía.

Algunos factores primordiales parecen reproducirse en casi todos los grupos intelectuales a lo largo del tiempo, y en los más diversos ámbitos geográficos. Algo que siempre llamó la atención de los observadores extranjeros ha sido la inclinación de los intelectuales latinoamericanos a copiar las corrientes prevalecientes en los centros metropolitanos, y su horror a aparecer como anticuados. Esta tendencia, a veces de índole casi enfermiza, a adoptar la última moda de procedencia europea (o estadounidense, en la última generación) ha impedido quizá el florecimiento de creaciones intelectuales propias en el campo de la teoría y de la filosofía políticas. Y seguramente esta misma propensión es responsable también de la carencia de elementos originales en la praxis institucional-política de todos los países latinoamericanos. A ello ha contribuido de modo paradójico la creencia, nunca puesta en cuestión, de que los latinoamericanos han logrado casi siempre producir una adaptación innovadora, una reelaboración propia y una recreación original de los paradigmas metropolitanos. Esa curiosa seguridad en torno al carácter presuntamente autónomo del quehacer intelectual latinoamericano ha impedido percibir con más sobriedad y realismo aquella producción teórica latinoamericana que parecía encarar lo más avanzado del pensamiento en el área política e institucional. Esa misma certidumbre casi dogmática ha evitado analizar con más profundidad las mentalidades predominantes.

Todo esto ha engendrado una elemental ambigüedad ético-política en el seno de la intelectualidad consagrada a asuntos públicos, ambigüedad que incluye una deshonestidad existencial, que tiende a consolidar el espíritu imitativo en los campos del pensamiento teórico y la praxis política. Así como el marxismo y las corrientes afines (por ejemplo la Teoría Latinoamericana de la Dependencia) constituían el marco indubitable de referencia en décadas pasadas, hoy día el neoliberalismo y la filosofía postmoderna parecen configurar el paradigma obligatorio, el *main stream* del cual es necio, improductivo e innecesario distanciarse. Es plausible que la derrota del marxismo y del socialismo nunca fue bien digerida, porque el mismo espíritu acrítico ha sido el responsable de la fácil adscripción de los latinoamericanos al neoliberalismo o a la moda siguiente, al populismo, al indigenismo o a la ahora módica impugnación del neoliberalismo.

La mentalidad prevaleciente en numerosos ámbitos intelectuales y universitarios latinoamericanos parece ser mayormente una posición acomodaticia, de corto plazo y oportunista.¹² Las corrientes de izquierda han carecido, por ejemplo, de una visión diferenciada de fenómenos como el

¹¹ Dietmar Dirmoser, “Seguida página”, en *Nueva Sociedad*, núm. 170. Caracas, noviembre / diciembre, 2000, pp. 3 y ss.

¹² Cf. James F. Petras, “The Metamorphosis of Latin America’s Intellectuals”, en *Latin American Perspectives*, vol. 17, núm. 2, pp. 102-112.

mercado y la democracia representativa, y han pasado sintomáticamente de un rechazo dogmático a una aceptación oportunista, lo que conlleva la tácita renuncia —jamás lamentada— de la clásica dimensión progresista de igualdad y solidaridad.¹³ Se percibe también una carencia en la reflexión acerca de temas éticos, que debería ser una tarea permanente entre los intelectuales.¹⁴

Pero también es imprescindible consignar buenas noticias. La sociedad contemporánea del conocimiento y la información, por un lado, y el surgimiento de nuevas desigualdades, junto con identidades cambiantes y precarias, por otro, nos muestran la significación y el peso de profesiones, actitudes y valores que están íntimamente vinculados al área cognitiva y, por consiguiente, al ámbito intelectual, en el sentido más amplio. En los medios masivos de comunicación social parece darse una oportunidad nada despreciable para emplear a intelectuales *generalistas*, capaces de brindar análisis y comentarios destinados al gran público. Es evidente que esta función está ligada a una remarcable posibilidad de influir sobre la opinión pública y sobre el diseño de políticas gubernamentales, aunque estos puestos estén signados por la inseguridad. En el terreno del diseño institucional y de la ingeniería política parece existir una considerable demanda de intelectuales formados en ciencias sociales y politología. Este es el terreno donde los expertos comparten con los intelectuales clásicos algunas características como la discusión de alternativas y el aprovechamiento de experiencias externas. La decadencia de la universidad, el desplazamiento de casi todo esfuerzo investigativo a centros privados, y la aparición de un nuevo tipo de mecenazgo, financiado por la empresa privada, modifica también, por obvias razones, temas y modos de investigación, que no siempre coartan la libertad del investigador y no siempre imponen un modelo único de pensamiento.¹⁵

Por otro lado se advierte un claro incremento del ámbito *tecnocrático*. Esta *cultura de las asesorías y de los dictámenes expertos* es notoria sobre todo en la esfera económico-financiera.¹⁶ Se presenta a sí misma como la encarnación de la objetividad científica y la neutralidad ideológica, pero parte *a priori* de normas y presunciones que son consideradas como de obvia validez, cosa reñida con todo principio genuinamente científico. Por ello un análisis de las actuales modalidades de las interacciones entre intelectuales y poder, o entre expertos y formulación de políticas públicas, constituye todavía una problemática importante.

En este contexto hay que mencionar algunos terrenos poco estudiados en décadas pasadas y que ahora merecerían ser investigados dentro de nuestro tema. Tal es el caso de las causas profundas de la declinación de las izquierdas latinoamericanas y el debilitamiento concomitante del otrora fuerte vínculo entre intelectualidad y movimientos progresistas de muy distinto género y consistencia, que no han sido debatidos de manera exhaustiva.¹⁷ Otro caso interesante de estudio es la auto-

¹³ Ludolfo Paramio, *Tras el diluvio, passim*. Madrid, Siglo XXI, 1989; Francois Bourricaud, *Los intelectuales y las pasiones democráticas*. México, UNAM, 1989.

¹⁴ Para el caso boliviano cf. Omar Chávez Zamorano, "La desorientación ética de los nuevos intelectuales", en *Pulso*, vol. 2, núm. 105, p. 6. La Paz, 27 de julio, 2001.

¹⁵ Fernando Mires, *Teoría política del nuevo capitalismo o el discurso de la globalización*. Caracas, Nueva Sociedad, 2000, pp. 97-103.

¹⁶ Cf. Miguel A. Centeno y Patricio Silva, comps., *The Politics of Expertise in Latin America*. Londres / Nueva York, Macmillan / St. Martin's Press, 1998.

¹⁷ Cf. Carlos M. Vilas, "La izquierda latinoamericana. Búsquedas y desafíos", en *Nueva Sociedad*, núm. 157. Septiembre / octubre, 1998, pp. 64-74; Roderic Ai Camp, *Los intelectuales y el Estado en el México del siglo XX*. México, FCE, 1988.

imagen y la auto-interpretación de algunos intelectuales de izquierda que han tenido un rol político protagonista, a pesar del cual se advierte en ellos su perplejidad ante la problemática actual.¹⁸ Atención particular merece también el rol de los intelectuales como manipuladores de valores en los partidos políticos, incluidos muy especialmente los progresistas. Un caso paradigmático ha sido el Partido Aprista Peruano (PAP), partido de tendencia socialdemócrata y consagrado a la modernización del Perú en todo sentido, pero que en su interior reproducía —o sigue reproduciendo— constante y de manera premeditada, por la acción de sus intelectuales, valores de orientación premodernos, pseudo-religiosos y hasta irracionales, como el *mito del refugio*, la veneración ciega de los líderes y la dicotomía amigos / enemigos para comprender la diversidad social.¹⁹ Este caso, obviamente, no es único.

Por otro lado hay que profundizar los estudios en torno al rol de los intelectuales en el seno de los medios contemporáneos de comunicación social, precisamente considerando su carácter masificado y tendencialmente apolítico,²⁰ así como su comportamiento frente a la creciente manipulación político-cultural de dilatados fenómenos de masas, como el deporte y el espectáculo.²¹

Es paradójico que falte una investigación acerca de los principales valores de orientación de los intelectuales, cuyo núcleo quizá no ha variado gran cosa en las últimas décadas. Una posible muestra de ello es el carácter persistentemente escolástico de las universidades latinoamericanas, públicas y privadas, que se asemejan más a las *altas escuelas* medievales que a instituciones de auténtica investigación científica, consagradas a divulgar la universalidad del pensamiento y no a practicar delimitados conocimientos técnicos.²² Es posible que los intelectuales encarnen curiosamente los valores más convencionales de la tradicional cultura política latinoamericana, incluyendo algunos elementos de autoritarismo.²³ En todo caso muchos intelectuales tienden a un invariable oportunismo, privilegian la astucia sobre la inteligencia y las modas culturales sobre el análisis científico serio.²⁴

Hay que repensar el cambio drástico de la imagen de Estados Unidos en la mentalidad prevalente entre los intelectuales latinoamericanos en los últimos quince a veinte años, así como la

¹⁸ Cf. Sergio Ramírez, *Adiós muchachos. Una memoria de la revolución sandinista*. México, Aguilar, 1999.

¹⁹ Cf. la gran obra de antropología social, basada en amplios materiales empíricos y documentales: Imelda Vega-Centeno, *Aprismo popular. Cultura, religión y política*. Lima, Tarea / CISEPA, 1991; cf. también Alberto Adrianzén, "Perú. Adiós a la izquierda", en *Nueva Sociedad*, núm. 157. Septiembre / octubre, 1998, pp. 75-86.

²⁰ Cf., entre otros, el número monográfico de *CONUBUCIGNES*, vol. Km., núm. 2 = 50. Buenos Aires, abril / junio, 1996, dedicado al tema "Medios de comunicación en tiempos de cambio", especialmente los ensayos de José Joaquín Brunner, "Comunicación y política en la sociedad democrática", en *ibid.*, pp. 7-18; Eduardo Fernández, "Medios de comunicación: ¿sustitutos de la actividad política?", en *ibid.*, pp. 19-31; Patricia Leñero, "Tecnopolítica, cultura y mercado en la sociedad mediática", en *ibid.*, pp. 89-103.

²¹ Cf. Carlos Monsiváis, *Aires de familia. Cultura y sociedad en América Latina*. Barcelona, Anagrama, 2000; Fernando Escalante Gonzalbo, *El principito o el político del porvenir*. México, Cal y Arena, 1994.

²² Manfred Mols, *Demokratie in Lateinamerika (Democracia en América Latina)*. Stuttgart, Kohlhammer, 1985, p. 114.

²³ *Ibidem*, pp. 124-132. Cf. también Howard J. Wiada, *Democracy and Its Discontents. Development, Interdependence, and U.S. Policy in Latin America*. Londres, Rowman & Littlefield, 1995.

²⁴ Cf. un testimonio temprano, Pedro Demo, *Intelectuales e vivaldinos. Da crítica acrítica*. San Paulo, Ed. ALMED, 1982, pp. 89-123; Gabriel Zaid, "Intelectuales", en *Vuelta*, núm. 168. México, noviembre, 1990, pp. 21 y ss.

imagen concomitante que los latinoamericanos construyen de sí mismos frente a Europa y Estados Unidos. Las alteraciones a este respecto son sintomáticas para comprender los notables cambios de mentalidad colectiva que se han dado en las últimas décadas, y que afectan, en primer lugar, el imaginario de los intelectuales²⁵ y la paradójica facilidad con la cual destacados intelectuales progresistas fueron cooptados por regímenes neoliberales, ingresando a altos cargos de la administración pública y la diplomacia.

Esto tiene que ver también con un elemento que no ha sido estudiado a fondo: la fascinación que el ejercicio del poder ha ejercido siempre sobre los intelectuales, independientemente de su posición ideológica. Según Octavio Paz, “los intelectuales han estado obsesionados por el poder, antes que por la consecución de riqueza, y [añade], “naturalmente” antes que por la expansión del saber”.²⁶

Especial atención merece el rol de los intelectuales en los últimos años, cuando el paradigma neoliberal empieza a resquebrajarse y varios miembros de este grupo redescubren sus ideales críticos con respecto al capitalismo, y cuando la apatía y la despolitización que produjo el neoliberalismo se traducen en una nueva ola de liderazgos populistas, mesiánicos y autoritarios, ola reivindicada por no pocos intelectuales.²⁷

Será interesante averiguar las causas por las que los intelectuales han descuidado (casi sistemáticamente) a lo largo de las últimas décadas dilatadas áreas de la relación entre teoría y praxis, entre el saber especializado y el quehacer cotidiano, como son la estructura y las manifestaciones de la tradicional cultura política del autoritarismo (fenómeno estudiado casi de manera exclusiva por especialistas provenientes de otras áreas geográficas); la interrelación entre la religión y las creencias populares, por un lado, y la conformación de pautas recurrentes de comportamiento socio-político, por otro; la maraña de trámites y regulaciones burocráticas que dificultan la vida del ciudadano común; y se han consagrado a otras áreas (con un frenesí tardío, sintomático y sospechoso), cuando éstas han sido previamente declaradas como campos de estudio y acción por instituciones internacionales como el Banco Mundial. Entre estas temáticas se hallan, sobre todo, la problemática ecológica y del medio ambiente, la reforma del poder judicial, los alcances de la sociedad civil,²⁸ y el complejo y ubicuo fenómeno de la corrupción.

²⁵ Robert Russell, “The Image of the United States in Latin America”, en Wolfgang Reinhard y Peter Waldmann, comps., *Nord und Süd in Amerika. Gegensätze, Gemeinsamkeiten, europäischer Hintergrund (Norte y sur en América. Cotradicciones similitudes, trasfondo europeo)*, vol. II. Freiburg, Rombach, 1992, pp. 977-985; Marga Graf, “Zivilisation und Barbarei. Zur Selbstdarstellung Lateinamerikas gegenüber Europa” (“Cilización y barbarie. Sobre la autorrepresentación de América Latina frente a Europa”), en *ibid.*, pp. 999-1010.

²⁶ Octavio Paz, *El ogro filantrópico*. Barcelona, Seix Barral, 1979, p. 324.

²⁷ Sobre esta compleja temática cf., entre otros, Luis E. Madueño, “Crisis y descomposición de la política en América Latina”, en *Revista Venezolana de Ciencia Política*, núm. 12. Mérida, 1997, pp. 31-56; César Cansino y Ángel Sermeño, “América Latina: una democracia toda por hacerse”, en *Metapolítica*, vol. I, núm. 4 (=10-12). México, 1997, pp. 557-571; Norbert Lechner, “A la búsqueda de la comunidad perdida. Los restos de la democracia en América Latina”, en *Revista Internacional de Ciencias Sociales*, núm. 9 (= 129), pp. 569-581; José Antonio Rivas Leone, “Repensar la democracia. Una lectura de Nortert Lecfner”, en *Nueva Sociedad*, núm. 170, noviembre / diciembre, 2000, pp. 6-12.

²⁸ Sobre los más diversos aspectos de la sociedad civil cf. la exhaustiva obra de Martín Lauga, *Demckratietheorie in Latienamerika. Die Debate in den Sozialwissenschaften (La teoría de la democracia en América Latina. El debate en las ciencias sociales)*. Opladen, Leske + Budrich, 1999, pp. 265-296.

Para finalizar podemos retomar el resultado de la amplia investigación de Nicola Miller acerca de los intelectuales hispanoamericanos en el siglo xx. Una imagen sopesada de los mismos nos muestra que no son los únicos responsables por los defectos y las carencias de las identidades nacionales y de la cultura política, que su rol ha sido importante, sin ser decisivo, y que sus inclinaciones más íntimas estuvieron a menudo exentas de un espíritu crítico e independiente, pero también podemos concluir que hicieron un aporte sustancial a la creación de las identidades colectivas, y que a menudo supieron brindar una visión veraz y desapasionada de sociedades signadas por el atraso histórico y simultáneamente por la complejidad social.²⁹

²⁹ Nicola Miller, *op. cit.*, nota 3.